

Ya no qttiero



ANTIYÓ





Ya no quiero

Libro colectivo proyecto LEA 2022

Primera Edición: Octubre 2022

Varias Autoras

© Derechos reservados

Vol. 38 de la Colección LEA:

Laboratorio de Escritura de las Américas

© Esta obra es distribución libre y gratuita en formato digital y no puede ser distribuida con fines comerciales u otros. En caso de uso del material de este libro, solicitamos y agradecemos citar la fuente y a sus respectivxs autorxs.

LEA Mujeres (re)escribiendo el deseo en las letras 2022

es un proyecto libre e independiente.

No posee fines de lucro asociados.

El espíritu de esta obra es que su lectura se comparta, difunda y expanda.

Coordinadoras:

Ana Belén Valenzuela / Camila Sentis

Imagen de Portada: Acuarela “Ya no quiero”

Edición General y Coordinación:

Ana Belén Valenzuela y Camila Sentis

Diagramación Interior: Iván Martínez Berríos

Fotografías e imágenes: © Varias autoras

Diseño de Portada: Rodrigo Peralta

Arte de Libro y Portada: © LEA

Este es un proyecto ANTIYÓ

Ediciones © Antiyó

www.antiyó.cl

MMXXII



YA NO QUIERO



ESTO NO ES UNA INTRODUCCIÓN

*es más bien
una invitación
o sea, si quieres
eso querías cuando lo abriste
puede ser que ya no
Desde el más gélido otoño-invierno de 2022,
te invitamos a encontrar un rinconcito
donde todavía hay algo que arde
Y seamos claras explícitas obscenas:
ya no queremos seguir así
Ya no queremos
con él
con ella
con la familia
con el mundo
con nosotras mismas.*

*Que estas palabras se lean como un embrujo o una
bendición
Y encuentres eso que ya no quieres también.*

Juego de niñas

Eso es lo que deseo, concluyó para sí.
Abrió los ojos y parpadeó encandilada.
¿Arriba o abajo? le dije.
Quise saber y no supe.
Nos pasamos la tarde intentando atajarle pestañas al viento.

Ya no quiero

- Extraviarme. → Fagocitar mis propias entrañas y ofrecerme abierta a las aves carroñeras.
- Confundirme. → Buscar la excelencia donde nunca se ha alojado.
- Esconderme. → Olvidar eso que el tiempo me ofreció para que guardara.
- Desterrarme. → Temer lo que la luz refleja sobre mi cuerpo.
- Explotarme. → Seguir sosteniendo el cartelito que dice "soy civil" ante los verdugos.
- Acobardarme. → Desconfiar de lo que la corriente de mi conciencia quiere narrar.
- Aplazarme. → Continuar repitiendo que el show debe continuar, dentro y fuera de la carpa.

eco distante que empieza como acaba:
la luna, susurros y abandonarse al dormir.
¿qué son los recuerdos? veo fantasmas, huelen a
jazmín.

bendecido el fuego que consumió mis límites
la noche del verano que en sueños vislumbré.
más allá del absurdo en mis viejas convicciones:
sigue los arpegios, mezquino amante forastero.

ven y esconderé los miedos terrenales.
siembra dulces anhelos, reina la oscuridad en estos
valles.

acompañame, corre y luego danza,
nada nos alcanza, está pasando otra vez.



Querer y no poder

Dicen basta a gritos las voces en su cabeza cada vez que vuelve a encontrarse en calma junto a él. No puede irse, aunque quiera, y se entrega exánime a esa calidez que es gélida, que puede contenerla y destruirla si así él lo decide. Destruirla sólo con un guiño, con un movimiento de su mano o con un pestañeo, pues sí, tiene ese poder. Lo sabe él, ella lo sabe también. Y pestañea macabro entonces cada vez que no lo complace y siente ella ese abandono perenne, ese abandono que vuelve sobre sí mismo tomando nuevas fuerzas para derribarla. Se ve a sí misma desde la altura, arropada en la cama, engullida por esa sábana que alguna vez sintió tibia. Ahora es su propio caudal desbordado el que fluye tibio congelando el espacio en que se asienta después de recorrer su mejilla. Se mira desde arriba sin sentir, sólo se observa, lejana, mientras se pregunta cuánto más resistirá.

Hoy ha cumplido 2 años desde que comenzó a navegar en lo más profundo de sus emociones. Mirándose, parada en el momento presente, ve todo lo que es y como ha ido despojándose de sus viejos patrones, ya añejos, caducados, patrones que ya no encajan con la persona en la que se ha convertido, y que hoy puede ver que esa persona, siempre estuvo ahí, relegada a un segundo plano, a un escenario distante, donde sólo se permitía mostrar cuando miraba su reflejo.

Hoy ella ha reconocido los lugares en donde estaban encriptados los juicios, para consigo y los demás, hoy comprende por qué se desenvolvía desde una posición de amenaza, hoy ella ha reconocido sus emociones.

Desde esa posición mira con tranquilidad el paso de las estaciones del año, estaciones que reconoce como propias y como parte de su hoja de ruta. Ya vivió el verano, caluroso, alegre, viajado y fiestero. Ya comienza a travesar el otoño, viendo como sus hojas (creencias añejas) se secaron y se han caído, sabe que vendrá el invierno, que quizá este no sea de lo más amable, le hará tiritar de frío, sin embargo ya sabe cómo abrigarse. Luego de eso, su tan ansiada primavera, revitalizada, convertida y lista para abrirse de par en par a recibir los rayos vitales del sol, para posteriormente llegar al verano, con la

solidez que el paso del tiempo le otorgó y regaló. Esa templanza, ese compromiso, esa seguridad y esa humildad con que lo ha llevado, es lo que deseo.



Angélica, 57



Querer y no poder

Serenidad de hombre por la noche.

Impunidad de hombre culpable.

Tiempo de hombre casado.

Lástima de hijo menor.

Confianza de hijo mayor.

Licencia de padre.

Lealtad de amigo.

Impudicia de hombre religioso.

Oportunidad de hombre estudioso.

Descaro de hombre ignorante.

Egoísmo de hombre opulento.

Credibilidad.

Suerte.

Espacio.

Libertad de hombre.

Eso es lo que deseo.



Un despertar tranquilo, con la lluvia golpeteando en el techo, o el ronronear de las olas a lo lejos, con el cantar de los pájaros o el crepitar de los árboles con el viento.

Dos manos... masculinas y tibias coladas bajo mi pijama, su nariz sumergida en mi pelo, su aliento de mañana. Escondernos un rato más bajo las sábanas, enredarnos las piernas, las lenguas y las quijadas.

Tres gracias y arriba, ir a la habitación de lxs hijxs, acariciar sus caritas y pestañas, correrles un poco la cortina, llevarles la leche a la cama.

Cuatro estaciones ver pasar por la ventana, con el café caliente, la música y el revolver de las entrañas. ¿Qué día es hoy? ¿Cómo estará el tiempo? ¿Me pondré chaleco o sandalias? Amor, trae más leña, que hace frío esta mañana.

Cinco animales corriendo en el patio, mucho verde, muchas frutas, muchas flores y mucho pasto. ¿Viste qué altos están los aromos? La vecina ya no puede vernos caminar desnudos, desde su ventana.

Seis horas diarias de trabajo, que la vida es para disfrutarla. ¿Vamos al parque o a aquel concierto? ¿Vamos al cine o al teatro en platea baja?... ¿O volvemos a la casa? Pidamos pizza, encarguemos sushi o algún sanguchito con mayo y palta.

Siete colores del arcoíris, siete días a la semana, siete notas musicales, siete pecados y siete chakras. ¿Viste que la vida es tan solo magia? Yo confío, fluyo y María es mi aliada.

Ocho paisajes secretos, no le contemos de este spot a nadie. Por ahí nos podemos dar unos besos, tomar unas pilsen o fumar marihuana.

Nueve y va llegando la noche, hay que bañar a lxs niñxs y acomodarles la almohada. Yo les cuento un cuento, tú les puedes tocar la guitarra.

De este porvenir me convenzo, es la vida que me planteo. Lo decreto cada noche, eso es lo que deseo.

Las súplicas de perdón que enviaba a su casilla de correo adoptaban distintas formas: un poema propio, un poema de Malú Urriola, un haiku, una canción o un sueño inventado. Cualquier cosa para llamar su atención. Aunque solo respondiera con un “gracias”. Aunque se tomara el contenido literal y tuviera que luego justificar mi elección en un mensaje más largo. Cualquier migaja de tiempo que le tomara teclear una respuesta, era tiempo para no llorar. Que si todas las mujeres ya bordaban volcanes o el mundo quería hablarme de ti. Que si no estás es como si me faltara un brazo. Que caía la primera nieve y con ella las hojas de los narcisos. Cualquiera de Seru Giran. Canción para mi muerte. Algo que le hiciera pensar en mi cuerpo tendido en una alfombra roja en el decimonoveno piso. Una invitación a pasear en el invierno de mi mente. Un recordatorio de que era invierno en el mundo entero y que acá había calor. Algo para hacerle olvidar esa última conversación, el vino en mi cartera, las lágrimas y el beso de despedida. Quería omitir que cometí una equivocación, por infantil, por ignorante, por mal aconsejada, por la noche de San Juan, por el círculo mágico de mujeres, por los Puentes de Madison y cuánta tontera agrupé para contarme en eufemismos lo que hice y amenizar la culpa. Que si ya borraban todos los hombres los insultos en creole o si el

mundo quería torturarme hablándome de ti. Que es este brazo quien te olvida, no yo, porque mi brazo sabe que estando juntos somos capaces de resistir tu falta. Otra canción. ¿Dónde estás? ¿Dónde voy? Porque estamos en la calle de la sensación, muy lejos del sol que quema de amor. No podía siquiera soñarle, pero lo inventaba antes de dormir para después contarle eso que no soñé. Era él con cabeza de araucarias. Era él con un chaleco verde. Era él tan erguido que no podía ver sus ojos. Era él con su cruel abrazo en calle Mosquito. Era él diciendo que lo siente mucho. Era yo, ahogada en ese cruel abrazo, pensando que soy quien lo siente más.

Comenzó a borrar correos electrónicos como una manera de borrar el pasado. Simplemente dejarlo atrás de manera definitiva. Todo aquello que ocurrió entre el 2008 y el 2018. Que no quedara registro y liberara un poco el espacio de la memoria. En el sentido digital y literal. Memoria del drive en la nube y restos de lo que quedaba en sus recuerdos. En ese intervalo de diez años muchas cosas ocurrieron, pero sentía que varias de ellas la detenían o la arrastraban de manera involuntaria. Tal como lo hace una cuerda enredada y mal anudada entre un gran muelle y un pequeño bote que flota impotente en un curso de agua.

Sí, esa imagen de una pequeña embarcación me gusta. La visualizo. Una embarcación hecha de madera a pulso, pintada con cariño, con su nombre bien puesto cerca de la popa. Con sus tablones cruzados para poder sentarse. Un par de remos pesados y casi tan largos como la eslora. Imposible tomarlos, pero es la única manera de poder conducirlo por las aguas. No tiene motor.

Así fue borrando poco a poco. Los trabajos de todos sus intentos de estudios de posgrados y magíster. Las diversas notificaciones acosadoras de atrasos en los pagos de deudas, ya

saldadas. Por aquí y allá diversos intentos de encontrar un mejor trabajo. Muy de vez en cuando el mail de algún amante fugaz. Los registros de sus avances en acuarela y otras técnicas gráficas, en su intento de convertirse en una artista o algo así. Invitaciones no correspondidas. Aquí y allá iba desmarcando las casillas, dejando muy poco de todos esos años. Fue un avance muy lento. Mucho escribió, envió, respondió, reenvió y se auto-envió. Quedaron así algunos registros de esos marcados con estrellitas de colores o etiquetas especiales. Se reía mucho cuando empezó a ver los correos electrónicos que habían antes de que existiera WhatsApp y otras formas de mensajería. Casi con una nostalgia de cuando aún se enviaban postales y cartas en papel y sobres con estampillas. Fotos enviadas como adjuntos porque aún no se usaba Facebook e Instagram ni siquiera existía. Todos esos bytes de memoria estaban copando silenciosamente el espacio virtual.

Cómo esa pequeña embarcación que jala y jala con cada oleaje para desamarrarse y liberarse del pesado muelle. Debe hacerlo. Pues con cada marea alta, poco a poco se va haciendo más pesado, al entrar agua no deseada. Comienza a hundirse. Los vaivenes hacen difícil la cuestión, pues, así como se deshacen unos nudos, otros enredos se van formando.

Borrar gran parte del registro de sus correos electrónicos no fue suficiente. Sintió que debía ir más allá. Revisar carpeta por carpeta en su drive. Así como quien hurga en una vieja bodega

deshaciéndoles de toda la basura. Cachivaches, muebles en desuso y decenas de libros destiñéndose y juntando moho. Todo eso que sólo sirve es acumular polvo, tierra y más mugre. Ocupar un espacio que grita por ser revivido. Que llora por tener luz. No así la memoria digital que parece inagotable, entre más guardemos mejor para los servidores.



Carta a Maribel

Amada Maribel, una pausa es todo lo que quiero ¿Será mucho pedir?

Mi vida ha cambiado tanto que hasta tú te sorprenderías. Todo va bien, tal cual lo esperaba, pero todo ha sido tan rápido. Sin ir más lejos, hace dos noches llegué a mi cama solo a llorar. ¿De dónde viene este llanto? me preguntaba, pero la respuesta nunca llegó. Y es que todo va tan bien que me avergüenza quejarme de llena, por eso te escribo a ti, porque no podrás juzgarme si la carta no llega a destino y de todas formas, sé que no responderías si lo hiciera. Y aunque duele, es también un alivio pensar que nunca juzgaste mis caminos torcidos.

Aprovecho de contarte que te pienso cada vez menos, que mi corazón está un poco más sano y que ya no me culpo por haberte abandonado.

Le mando un abrazo y un beso a tu alma soñadora, que debe andar viajando quizá por dónde.

Se despide con mucha nostalgia,

Tomasa.

Viña del mar, agosto de 1975

Debería estar comenzando a escribir mis memorias, desde un plano diferente, desde una emoción distinta, pero me veo retomando desde un capítulo que había dado por terminado.

Retrocedí, me encandilé con la sucesión de eclipses que se dieron el último tiempo. Los eventos astrológicos, el mercurio retrógrado, Marte en géminis, la conjunción Venus- Neptuno en piscis y cuanto evento astral pasando, me hicieron volver a foja 0.

Ya estoy cansada de todo eso. Quiero algo diferente, quiero vibrar diferente, quiero que las tonterías de otros no tengan impacto alguno en mí. No quiero seguir sintiendo una y otra vez lo mismo. Hoy pienso que es una elección tropezar con la misma piedra. Y yo he elegido que sea así, pero pa qué?!

Envejeciste sin que nadie se diera cuenta. Mientras tú lo hacías, nos alejamos miles de kilómetros. Kilómetros de palabras y conversaciones. Kilómetros de paseos y caminatas. Ahora somos distantes. Ya llegó el bastón a tus manos, pronto vendrá un burrito e inevitablemente una silla de ruedas. Ya no hay más paseos.

Al llegar a la sobremesa el cansancio te vence y te vas quedando dormida. Tus manos afirman tu pálido y arrugado rostro. Haces como que escuchas. Así fue la última conversación que recuerdo contigo. Ya no hay más palabras.

Quiero algo diferente en nuestra historia. Que pudiéramos seguir viajando. Disfrutando. Soñando. Pero ya nada de eso es posible, tus pies ya no te acompañan y tu mente ya se apaga en un sinfín de nuevas preocupaciones. No sabes cómo salir de ahí. No quieres salir de ahí. En broma llamas a la muerte, quiero pensar que es broma. Los cuerpos se vuelven inútiles y la vida interminable. No hay cómo encontrar el sentido a todo esto. Quedaste atrapada en un destino que nunca pareció ser el tuyo, pero al final parece ser de todos.

Tú ya no conocerás donde vivo ahora, cómo es mi vida ni sentirás el calor de mi cocina. Pues el dolor insufrible de tu cuerpo y la apatía de tu mente se ha convertido en la barrera y la distancia intransitable entre tu existencia y la mía.



Pajarito, 19



Comer como pajarito, volar como pajarito, atender como pajarito, tener casa como pajarito, pero este cuerpo, esta casa, esta ciudad, este invierno. La inflación, la economía, las elecciones, las nuevas leyes, la crisis, la desconfianza, la garantía propietaria, la migración, el peso, el dólar, los trabajos, los horarios, el transporte público. La tranquilidad: la bici; siempre cuando no se vayan los autos encima. ¿La tranquilidad? Las amistades y el amor, los lugares lindos antes de que se sequen, se mueran o la ola inmobiliaria los muera. La vida en la gente joven y la ideología, la estructura de la iglesia que me enseñó profundamente a creer en cosas inmateriales y por eso el socialismo como herencia, ¿que dios se revuelque en su propia tumba! Ah, verdad, no tiene.

No de todo, pero sí quiero algo diferente.



Pasto seco

No estuve cuando una de mis mejores amigas parió.
No estoy para los cumpleaños
Mis veranos llueven
No estoy para recibir mis compras
No tengo tiempo para ir a la gine
No tengo tiempo para cocinar siempre
Una amiga se recibió y no pude ir.
Cuando llueve se cae Internet,
América latina es una provincia.
El dólar sube y por lo menos ahora es en todo el mundo, y
no sólo en el mío.
Como muchas harinas, ya no es un juego.
No tengo mis exámenes al día.
Hay que ver el colesterol.
Poco tiempo para ser. Ser grande.
Ya no quiero más que la vida se queme como pasto seco y yo
ser una institución que no llega a apagar el fuego

La madre

No tengo la posibilidad de revertirlo y mantengo ese odio frenético, casi sin pausa cada vez que pienso en ella. Le grito cuánto la desprecio, ¡te odio!, le grito sin miedo. Con dolor sí, pero sin miedo. Sé que no debería decirlo, sentirlo o pensarlo, debido a ese mandato inerte: la madre es sagrada. No importa si lo saben o no, pero no es cierto, yo lo sé, lo pienso, lo siento y lo digo.

La primera vez que sentí su rabia sobre mi cabeza tenía tres años. Era una noche tibia, encendida estaba la chimenea y mamá tejía en la mecedora, la luz del fuego se reflejaba bonitamente también. Jugábamos con monedas mi hermano y yo. Él tenía poco más de un año. Se tragó una y yo no lo impedí. Creo que no vi cuando lo hizo, aunque debo decirles que en algún lugar de mí misma tengo la duda y quizás sí lo vi y no lo detuve. No me acuerdo, ha pasado mucho tiempo. Pese a ser la principal responsable del accidente, a tan corta edad, fueron esos los mejores años con mamá. El paso del tiempo me puso en un lugar distinto, ya no tuve buenos años con ella, y sé que, si fuese ella más atrevida o menos recatada, me habría golpeado, pero no lo hizo.

De momento, sé que seré siempre la responsable de algo, culpable, porque, aunque ella no me vea, permanezco en su recuerdo de manera rabiosa e incómoda, tal como la recuerdo yo.

Me diste la vida y como prestamista usurero la fuiste cobrando con creces.

Pero esta vez quiero algo diferente.

Entonces vuelvo a la matriz para que me extirpes cuál tumor maligno.

Me atrevo a quemar cada uno de nuestros puentes: de todos modos, nunca me proporcionaste más que tristeza y yo no te di más que decepciones.

Prefiero arrastrar esta soledad crónica que hundirme bajo el eco de tus atropellos.

Ya no voy a consumir mi espíritu por honrar cariños negligentes.

LSyG

No me toques por favor, pensó.

No quiere que la toques, le duele el cuerpo y le llora el alma. No la acaricies, que siente como si le arrancarás algo desde adentro. No la arrulles, ni te tiendas a su lado.

Cuatro hexágonos bajo la lengua durante treinta minutos. Quiere vomitar, le tiembla la voluntad, el cuerpo, la convicción.

Tres mujeres la sostienen ahogada en su contradicción.

De pronto estalla. Se prende fuego. ¡Rápido! el termómetro, paños fríos, toallas, un poco de agua, 500 gr de paracetamol. No. Que sean 1000.

Reacciona. El reloj se resiste, quiere virar a la izquierda, el minuterero se conmueve y el segundero se rehúsa a hacer su trabajo. De pronto, las 16:00 van corriendo a ver a las 15:00, le proponen que vuelvan a empezar y aunque lo intentan, no pueden. Juntas la miran, le quieren ayudar, pero son tan solo un acuerdo universal.

No lo hagas si no quieres -le susurran las 17:00 al oído, pero sin éxito.

Cuatro hexágonos bajo la lengua durante treinta minutos. Tercianas, el frío le saquea las entrañas. 39,5. Culpas católicas le devoran los ojos, las vísceras, la vulva en penitencia.

Cuatro hexágonos bajo la lengua.

¿No me toques! ¿Por qué hablan como si no estuviera escuchando?! No sé si quiero algo diferente, pero sé que esto es lo que tú quieres.

Las 00:00 hrs te miran con rencor, pero a ella la mecen entre sangre, té de orégano y manzanilla. Te vas y en tus bolsillos llenos de punk, panfletos y miserias, te llevas la elección, la prosa, el verso, la elegía. Tres decesos en un minuto; el deseo, la mujer y la victoria.

Tres mujeres la sostienen ahogada en su resurrección. Parece una virgen floreada, prostituta enamorada, lilith entre las llamas en medio de la nada.

Ya no quiero soñar que no estabas aquí porque quisiste, porque te escondías de mí, porque habías arrancado o escapado, y volvías para decirme "Ahora sí moriré".

Ya no quiero soñar que ella se enferma y padece y agoniza. Que sufre otra vez, con la vida y la muerte. Con el dolor. Con el miedo.

Ya no quiero soñar que mi vida no existe postergada por ustedes en que todo es difuso y el futuro incierto.

Ya no quiero soñar la orfandad.

Ya no quiero soñar con las repeticiones sucesivas de las ilusiones, más bien, desilusiones.

Ya no quiero repetir.

No quiero repetirlas, en los vahos de otros sueños o de otras mujeres.

Ya no quiero sentir ni la ausencia o la orfandad. Suponer el abandono antes de que aparezca.

Ya no quiero ser la hija.

Tal vez acercarme al inicio, a ese punto borroso cuando fui la niña sin etiquetas.

Más bien borrar la historia, mi historia, que se cuenta de soslayo cuando entreabro los ojos.

Fundirme en un silencio ocre y paciente.

Hundirme, a oscuras.

Eso es lo que deseo, se dijo mirándose al espejo mientras empuñaba una foto de sus gemelos. Estaba serena, su mirada era un misterio, cultivaba su fin en completo silencio. Se dio una ducha, se vistió con el pantalón de lino que le trajo su hijo de Italia, blusa floreada heredada de su madre y estrenaba el jersey rosa que tejió durante el invierno. Era un día especial, una mañana de sol, estaba en paz y anestesiada del dolor, transitando hacia la liberación que desde tiempos inmemoriales fantaseó. Regó las gardenias, le cortó las hojas secas al filodendro y escondió en el armario la planta de su hijo, para no meterlo en problemas. Preparó el traje de su marido para la ceremonia final, le lustró los zapatos, le anudó la corbata y le dejó su argolla en el bolsillo derecho del gamulán a quien había sido su único y gran amor.

Ya estaba todo listo, había llegado al fin el momento, se sentía plena, creyó que nunca sería capaz y ahora se sentía valiente, consecuente y haciendo algo corajudo por su vida. Le puso play al vinilo favorito de su abuela, Édith Piaf decoraba la escena. Cogió la cuerda, caminó como hipnotizada hasta la estructura que sostenía el tanque de agua lluvia. Escaló hasta lo más alto e hizo las mismas amarras que aprendió de niña cuando faenaba a los terneros, tomó posición, suspiró agradecida, su alma ya había despegado solo aguardaba su cuerpo, y al son de *Non je ne regrette rien*, sin vacilar se elevó rumbo al infinito dando un salto mortal con destino a la eternidad.

Tala

Te encontraron en el lecho del estero, bajo el último puente antes de la desembocadura. Andabas con un vestido muy delgado para junio y una cartera demasiado pesada llena de delineadores de cejas y bolsitas con monedas. Siempre pensé que tendría una cartera como esa, con todos los pequeños objetos indispensables para ser mujer. De color neutro y ojalá de cuero, mi cartera iría conmigo a todos lados, sería mi cofre ambulante, mi fiel escudera. Reservaría un día a la semana, probablemente el domingo, para vaciar y examinar su contenido, clasificaría y archivaría las boletas, repondría pañuelitos desechables y chicles y dejaría todo en orden para salir a las calles a ser mujer otra vez.

Cuando llamó la mamá para contarme se le atropellaban las palabras, amontonaba detalles anatómicos con nombres de parientes, se hacía preguntas y se las contestaba sola y cada tanto se quedaba callada y decía ¿qué te estaba diciendo? solo para continuar por cualquier parte. Para mí todo era un murmullo, capturada como estaba por la palabra estero y el recuerdo de su cauce lento y espeso. Una imagen horrorosa se había apoderado de mí: tu cuerpo en camión, flotando boca abajo entre neumáticos, botellas y pañales de guagua. No pensó en decirme que hace años habían drenado el lecho y lo habían transformado en un estacionamiento. No pensé en

decirle que tarde o temprano todas acabamos huérfanas y que dejaste de ser su madre mucho antes de aventar los huesos a ese peladero. No lo pensé porque, como dije, estaba capturada y recién llegando al famoso estero logré salir de mi turbación.

La mujer que llamó a la ambulancia dijo que te veías tranquila, como dormida. Ella llegó temprano porque le vende café a los oficinistas y ese día, justo ahí donde instala su mesa, se encontró contigo, tendida de cara al cielo. Te tapó con un mantel de hule porque hacía frío y esperó a que llegara el primer cliente.

Con el tiempo me he acostumbrado a soñar versiones de tu caída: en cámara lenta, ingrávida, a veces rauda y rotunda, o desorganizada, sorprendida, como seguramente caen los que se ahogan. En todas las versiones es de noche y en todas estoy de pie hasta que me caes encima. Es como un pestañeo, en que por un segundo todo se apaga antes de volver a comenzar... quisiera quedarme a vivir en ese segundo, es pequeño pero seguro, puede expandirse con constancia y paciencia, como las caderas o los zapatos nuevos o como todas las cosas que cuando se acaban, pasan, aunque sea de manera transitoria, por un estado de desparramo, de profusión espacial... como cuando me tropecé y dejé caer todos los platos que compramos en la feria ¿te acuerdas?... el caso es que me di cuenta que ya no quiero soñarte, por eso escribo todo esto, cuando te sueño, despierto pensando en el segundo ese y ando ensimismada toda la semana, me entra un hambre atroz, se me quitan las ganas de hablar con la gente.

Decidí hacer una lista detallada de las versiones más memorables, una vez que acabe esta carta quemaré ambos papeles y arrojaré las cenizas al viento. Necesito que te hagas ligera y te dejes esparcir, lejos de mis obsesiones y arrepentimientos.

Buscando conexión

Una de las cosas que más me ha costado en este tiempo de desconexión es conectar con lo que verdaderamente importa.

Tomé un tiempo largo, 51 días, de alejarme de todo lo que perturba, altera, desarmoniza, y que finalmente daña. Pero, ¿qué es lo que daña?

Lo que recogemos del mundo exterior, o lo que permitimos que, de ese mundo exterior, sea parte de nuestro mundo interior??!!

Si bien, suena fácil leer, oler, sentir, comer frases como

“Si algo no te agrada, quítale el único poder que tiene sobre ti, tu atención”

resulta difícil cuando no se nos ha enseñado a estar atentos a nosotros mismos y sólo poner el ojito afuera.

En un mundo competitivo, de apariencias, estatus, exitismo, logros materiales, puesto en la sociedad como valores, se torna cada vez más imprescindible que la humanidad conecte con su ser interno.

Estamos viviendo momentos acelerados, de fenómenos climáticos cada vez más concentrados, de corta duración, pero importante intensidad. Y vemos como los noticieros se llenan de titulares del tipo “*desastres naturales*” cuando ha sido el hombre, la especie humana, la que ha propiciado que cada vez sean más violentos y dañinos los eventos NATUALES. De eso ya no quiero más.

Ya es hora de prestar atención y volcar el ojito hacia todas aquellas personas que se esfuerzan e impulsan esos esfuerzos en generar cambios y aprovechar estas crisis como verdaderas oportunidades. Dejar la teoría y pasar a la práctica e ir ganando espacio para dejar un mundo heredable, y no un mundo que nos bote por no haberle cuidado.

Pues bien, logré conectar con mi interior en el día 55 ☺



Daniela, 28



Soy abogada, feminista (*aunque eso no lo voy a decir en esta descripción*), escritora frustrada. No voy a mentir: soy de apariencia reguleque, salvada de la etiqueta patriarcal de la fealdad gracias a mis ojos ¿orientales? ¿polinésicos?, a mi sonrisa, y, lamentablemente, a mis 47 kilos de existencia (*sí, es una pena vivir en una sociedad tan gordofóbica como ésta ¿Les he contado que hace 20 kilos atrás nadie me miraba? Y eso que mi cara es la misma*). También tengo un pelo que recuerda un poco a las olas del mar, al Gran Gatsby y a trajes de baños pin up. Tengo buen gusto para vestirme y maquillarme. Soy inteligente, y no voy a fingir lo contrario. Discute conmigo acerca de temas de mi experticia y perderás. No lo digo yo, lo dice la ciencia. Me han dicho que tengo bonitos valores, pero es una recomendación que viene muy de cerca, así que lo mejor que puedes hacer es ignorarla. Advierto que soy una loca, pero no una loca linda (*hola, trastorno borderline*).

Es mi tercer intento en una aplicación de citas. Ya he salido con el hípster que escucha vinilos en vez de Spotify, con el ñuñoíno-juangomezmillano (*ya sabes, un pitito, un vinito y amor infinito*), con el macho de izquierda que cree que el feminismo y el movimiento LGBTIQ son nada más que una rabieta burguesa, con el cabeza de músculo de cuerpo apolíneo, incluso con el cuico de rostro hegemónico, apellido vinoso y 10 hermanos (no todos ellos reconocidos por su padre). Ya no me interesan esos. No sé qué otro arquetipo de hombre me queda por desbloquear.

El más piola, quizás. El que elige no ser un imbécil, también. Alguien cuya inteligencia pueda admirar (*no soy sapiosexual ¿Cómo podría comparar una preferencia con amores y deseos que han costado la libertad e incluso la vida?*). Alguien que a la vez reconozca mis cualidades y me mime. Sí, me mime. En suma, un Darcy, Knightley o Wentworth modernos. Literalmente no tengo la cara para esperar algo así en un envase tipo Chalamet o Harry Styles, pero no me quejaría si mi héroe novelesco tuviera facciones cinceladas. Si eres un hombre piola, inténtalo: lo más probable es que te de una oportunidad y te asigne cualidades que en realidad no tienes.

P.D:    No pacos, milicos ni fachos   



Viajes

Cuando salta la fiebre y me invitan a comer a un restaurant fino aflora la identidad misma, el territorio hecho cuerpo en ese mismo lugar y siempre quiero robar los cubiertos. Los hay de todas marcas y lugares, hechos en Vietnam, en Inglaterra, de diferentes pesos y tamaños. Sé que no debo salir con gente que no me gusta, leer cosas que no me gustan, ser simpática obligada, llegar tarde, luchar con todo. Sé que no debo ser siempre verdadera y esa es la verdad más dolorosa, hay testigos de todo, hasta de la soledad.

La mujer del vestido rojo

La caricia del agua caliente sobre mi piel, el vapor que oscurece mis pensamientos, el reflejo borroso que me devuelve el espejo; todo me recuerda a nuestro primer encuentro. Mi pelo negro y ondulado, labial rojo con un vestido ajustado a juego. “Marilyn Monroe morena” dijiste. Y tu mirada atravesó ese hueco que algunos llaman alma. Era tarde, en ese punto en que la ciudad aún presume sus luminarias, recortadas contra un cielo morado, como luciérnagas incongruentes, perdidas. Aún no había comido. Y de pronto tú. “Marilyn Monroe morena”. Te sonreí, esa sonrisa ensayada tantas veces, tantos siglos. Me acerqué, dejé que me invitaras un trago, a pesar que mi feminismo me miraba acusadoramente. Conversamos, me contaste de tus proyectos, la fotografía, de lo mucho que te encanta Santiago, a pesar del smog, del ruido y del ajetreo. En cierto sentido me pareciste igual a mis amantes anteriores, y a la vez diferente. Después te acompañé a tu departamento. Tu cuerpo sobre el mío, tus labios recorriendo el mismo camino que otros han recorrido en otros cuerpos. Luego fue mi turno, re-descubriendo lo que había sido olvidado. La sinfonía de respiraciones y de sabores. Después el silencio: te habías dormido. A mí en cambio me inundó una energía electrizante. No me preocupé de no hacer ruido, sabía que un cansancio algodónoso te había envuelto y

que no podrías liberarte de su abrazo hasta unas horas más, quizás un día. No más que eso, por suerte sé controlarme. De todos modos mereces ese descanso. Caminé por las calles de una ciudad que está aún despertando, el olor de la mañana en el parque bailando en mi nariz. Me detuve a comprar un café. No me resisto al delicioso aroma de un café. Termino de ducharme. Pongo una serie mientras dejo que mi mente vague por donde quiera. Me gustó nuestro encuentro, ¿Sabes? Me encantaría que se repitiera. Un par de veces más no harán daño. No me harás daño. No te haré demasiado daño.

Me gustan mucho sus besos. Pero no es sólo su boca, es un todo. Oler su perfume, recorrer con mis manos su espalda ancha, detenerlas detrás de su cuello, apretarlo contra mí y morderle la boca. Primero el labio de abajo, luego el de arriba. Comienzo con una mordidita, posteriormente con una pequeña succión. Él también me sigue el juego. Me deja meterle la lengua, saludar a la suya, danzar un rato, retirarme y darle la bienvenida, ahora, dentro de mi boca. Siento sus dedos por mi nuca entre mi pelo y a veces una mano acariciándome la mejilla. Hay veces en que entreabro los ojos para cerciorarme de que los suyos también están cerrados, y no me equivoco. Todo es perfecto, nuestros dientes ni chocan. Mientras yo respiro, él exhala, mientras yo exhalo, él respira. A cada segundo, nuestras bocas se vuelven más tibias y más húmedas. Esta sincronicidad también lleva un compás de narices. Una hacia un lado y luego la otra. Una hacia la izquierda y luego viceversa. Creo que le gusto o al menos me desea. En algunas ocasiones, me jala del pelo para exponer mi cuello, lo toca con su nariz y lo va llenando de besos tibios como estampillas, mientras yo sonrío con una tonta mezcla entre felicidad y gratitud. Después recuerda mi boca y raudamente se dirige hacia ella, entonces vuelve a morderme los labios y a buscar mi lengua. Me gustan mucho sus besos y

estoy segura de que es un amante de las mil maravillas. Pero ¿enamórame? Sé que no debo.

Primera vez, otra vez

No, no fue en ese contexto. Tenía catorce años. Era de noche y hacía frío. Estaba cerca de mi casa. Tiré mis zapatos lejos para que él los recogiese y, cuando fue a buscarlos, me eché a correr con todas mis fuerzas. El pavimento desprendía pequeñas piedritas y me dolían los pies. Corría sin dirección clara. Tragaba aire frío. Él se acercaba. Mi corazón latía desesperado. Me alcanzó. Igualmente me alcanzó y me alzó en sus brazos. Ambos estábamos jadeantes después de esa carrera. Yo pataleaba y en ese forcejeo sucedió. No sabía qué exactamente. Ahora lo sé. Busco esa sensación de nuevo. Lo demás pasó de otro modo, años después. Lo planifiqué. Qué suerte, pienso ahora, que pude elegir. ¿Suerte? Incluso siento que debo agradecer la nobleza. Los que entendieron que no. Los que dijeron que no. ¿Debería estar agradecida? A veces es difícil, no hay una fórmula exacta. Con cada nuevo sujeto hay que buscar una configuración kinésica distinta. ¿Pero soy yo la misma? Así. Así no. Una vez que te atreves a lanzar los dados es más fácil. He perdido la vergüenza, supongo. Ese día fue como empezar de nuevo. Primera vez, otra vez. Me quedé inmóvil en la orilla del sofá con las piernas apretadas. Él estaba junto a mí. Su cuerpo estaba muy cerca. Demasiado cerca. Solo quería mostrarle estas fotos de cuando fui a Cuba. Sabía lo que él quería, pero no sabía qué quería yo. Qué valiente fui.

Qué imprudente, también. Primera vez que alguien preguntaba antes de hacer cualquier cosa. En doce años de oficio, primera vez.

Concierto

La primera vez que sentí cierto magnetismo entre los dos fue cuando estábamos sentados hombro con hombro. Las luces apagadas, tú y yo en medio de la gente. No quise asociar esa sensación de prelude contigo, sino que con la reverberación de violines que anunciaban que el concierto iba a comenzar. Un concierto de orquesta. La cita más elegante que he tenido, pensé. La música comenzó y mi atención quedó cautiva ante el espectáculo de una mujer de fuego maniobrando notas casi por arte de magia. Entre frase y frase, ella inspiraba aire. Entre acto y acto, te lo comenté y aprovechamos de descubrir un poco el uno del otro. Un movimiento de pulsera por cuyo significado preguntaste. El fantasma bello y omnipresente que llevas auestas, ese contra el cual es imposible competir. Llegó el final. Hubo aplausos. Hubo el atisbo de un abrazo, pero nada más. Bueno, me hace falta un amigo. Cuatro días después estaba en tu cama, mis piernas enredadas en las tuyas. Casual, dijiste, mientras tu dedo trazaba círculos en mi espalda. Te juro que cuando acepté, ninguna loca fantasía acerca de los dos inundaba mi cabeza ¿Fueron quince días, quince semanas, o quince horas en el paraíso? Quería más. Querías más, o al menos eso creí. Hasta hoy. Día del concierto ¿Mujer de hielo, de cera tal vez? ¿Mujer de pelo liso, quizás rubia, quizás trigueña? ¿Ojos

negros, azules, verdes, ojos que recuerdan otras latitudes?
Llegó el día del concierto y yo no estaba ahí. Era otra la que
ocupaba mi lugar.

Iba jugando en su mano con una moneda de 100 pesos, de las antiguas. Llegó por las escaleras hasta el 5to piso y, con mucha fuerza, cargaba todo su cuerpo en presionar las barreras y lograr abrir esas pesadas puertas de edificios. Se dirigió donde siempre, podía hacer el recorrido con los ojos cerrados. En su mente, como siempre, tarareaba una canción nueva que quedaba suspendida por toda la semana. Con la moneda tocó la puerta, la típica melodía del chileno que toca para anunciar su llegada: ¡tan, tan, tan, tan-tán, tan tán! Abrió la puerta y lo encontró más lindo, así que no se contuvo una sonrisita. Una brisa de comida recién hecha le rozó la cara y le quitó algunos pelos sobre los ojos. Ella suspiró. Él aprovechó la oportunidad de mirar cómo elevaba y subía los senos, y los imaginó tocándolos otra vez, desnudos.

-No te demoraste nada -dijo él-.

-La hice cortita -respondió ella-.

Su mano grande y masculina le agarró el poto, una nalga gorda y durita. Ven pa acá, le dijo.

-¿Cómo te fue?. Habló casi por inercia, con ese chip que tienen integrado las mujeres, donde preguntan para saber cómo está el resto, está bien el resto, necesita algo el resto...

"Sh, sh, sh", respondió él, como cuando se calma a una guagüita. Y sin darse cuenta, sintió sus dedos húmedos entrarle por la entrepierna.

Así pasaron el resto de la tarde. La comida ya se enfriaba. Ya no se sentía en el ambiente su aroma, sino que era otro el que privilegiaba. Se bañaron juntos, se secaron el pelo, vieron uno que otro video y se pusieron las zapatillas y las chaquetas.

En el pasillo se rozaron las manos y él incentivó a tomarse desde sus meñiques. Él se abría paso abriendo las puertas con tal facilidad, que a ella le permitía ir flotando como si desde su sexo emanara un vaho de calor que la conduce, y volvía a cerrar los ojos y a sonreír como cualquier mujer que se siente bien cogida.

La dejó en el metro y se despidió de ella con un besito desde el otro lado del torniquete.

- El próximo finde mi mamá nos invita a almorzar, quiere conocerte.

Ella asintió con la cabeza y volteó. No preciso más, pensó, y en su mente redactó un ensayo sobre los límites y niveles que exige en sus relaciones y en su vida. Metió las manos en sus bolsillos y encontró allí, la moneda con la que jugaba.

Envejecer sin prejuicios por mi cuerpo o el tuyo. Por las arrugas, los cambios de forma, la manera en que se sitúan las partes. Con todos los cambios de hoy y más adelante. Me llevó mucho tiempo darme cuenta que, bajo las sábanas, mi piel junto a la tuya se siente igual que la primera vez que nos desnudamos. En silencio, sin palabras, tal vez una que otra risa y varios gemidos. En la oscuridad al cerrar los ojos y en la complicidad de todo el tiempo que llevamos juntos. Ya sabemos lo que el otro disfruta y cuando podemos nos damos tiempo para que cada uno lo sienta. Finalmente, creo que he aprendido a disfrutarlo.

La furia de Poseidón

Qué historias extrañas algunas, en mundos extraños, con seres de extrañas primaveras. La primera vez que te vi, no fue tan solo la primera vez que apareciste frente a mí. Fue tanto después, después de un montón de años, de una treintena de abrazos, de hacer vida contigo a la izquierda del camino.

-Cúidate- dije. Y te jugaste la vida. La ciudad ardía en las irreductibles llamas de la idea organizada. ¡Todos y todas al paro nacional! Mentiría si te digo que conozco el inicio de la trama. O el inicio del final. El desarrollo no termina y el clímax anda desbordándose en la boca del orador antes de comenzar.

¡Corre!, ¡corre!, ¡corre! Dame la mano en los días grises, cántame la de Silvio en el bus. Ahora las noches me invitan a desvestirme de las ropas protagonistas de Andrómeda y me veo al espejo como la que siempre fui, el Ceto que circunda las aguas turbulentas de este devenir.

Contigo todo lo fuerte, el grito histórico, el amor, las despedidas y el reencuentro, que seguramente será la profecía en el título y el final, abierto, entre mis piernas lánguidas, de una historia que comienza cuando acabamos al mismo tiempo.



Loba, 35



Loba

Loba:

Desnudando todo adentro, deconstruyendo mis pensamientos, encuentro en mi ancestral memoria, a la salvaje de mi historia, la que me sana y me perdona, la que me pulsa hacia mi gloria, mujer libre que se explora.

Voy directo a lo que me hace gozar, suelto todo lo que pese y esté de más, no me pierdo ya me sé escuchar, abro mis alas aprendí a volar.

Del instinto me alimento, enciendo todo en mi cuerpo, ardo en vida mientras sueño, me erotiza mi propio fuego.



Sequía

En la infancia siempre tuve miedo a las inundaciones. Crecí en una casa de madera y viendo constantemente las noticias en la tele del Río Mapocho, se desbordaba y llevaba casas, animales, gente y cosas por igual, tal vez lo más parecido a la igualdad que he visto, compañero Río Mapocho. Supe que cerca de casa había una calle llamada igual, Mapocho, entonces no entendía de dimensiones, para mí, en cada noticia de "damnificados" se jugaba mi futuro. El intento de los adultos para hacerme entender que eso no iba a suceder fue vano. Todo era claro: Río se desborda, casa de madera, río cerca, calle Mapocho, nos va a llevar el Río.

El agua siempre estuvo presente, no fue en clases de natación por tres años consecutivos que aprendí a nadar, fue en un río, Longaví, con la ayuda de una prima que me dijo que confiara y me relajara, lo mismo que decían en natación. Ahora me parece obvio no haber podido relajarme con el ruido de todas las personas en una piscina con olor a cloro y no me culpo por no aprender nada durante tres años.

Es indignante como se gana y pierde a la vez, no leía subtítulos y dejé de ver películas. Uso lentes; puedo ver el

letrero de la micro al mismo tiempo que cada vez puedo ver menos sin los lentes.

Peste, guerra, acumulación y el agua, el vapor empañado en los lentes que me hace pensar en los miedos de inundación, el agua siempre presente recordándome que puede suceder que no vea en algún momento y que de pronto todo se torne borroso.

Ahora nos secamos

El imperio de los sentidos, por siempre, para siempre, eso es lo que deseo.

hoy, era contigo antes
ahora es sin ti después de todo,
los que visten de verde siguen matando como ayer y los hoy
del mañana y después de eso, lo seguirán haciendo también
a mi alrededor hay tanta sangre hermana,
ni la poesía nos devuelve a los que se llevaron, ni los cantos
nuevos, ni los viejos,
ni los punk, ni los rock,
ni las de Manss, ni las de Silvio.
quiero contarte sobre esa repisa comunista, quiero contarte
andanzas y torombolos con sal,
que sigue cerrado el hombre que amaba a los perros,
porque no puedo y sobre las cosas que hago a medias.
que ya no pintan las de eukz, ni la de bacán tu casa,
que ya no hay hogar, ni rabo de nube.

Hábitos

Miraba la pantalla y se mascaba la punta del pulgar. Sus dientes, súbitamente dotados de poderosos sensores, recorrían el terreno en busca de relieves anómalos, incipientes cachitos de piel fuera de lugar. Soñaba que le crecían incisivos afilados, pequeñas cuchillas quirúrgicas capaces de pulirlo todo, capaces de producir ese utópico espacio llano ante el cual su dentadura podría al fin descansar (y los pensamientos se aclararían, llegarían las ideas y lograría, ahora sí, terminar). Por ahora estaba sola con su mordida roma contra la hoja en blanco, o más bien contra la barra negra y su odioso titilar.

De pronto, tac, un escalofrío le recorrió el brazo. Notó que el borde de la uña en la que estaba trabajando se desprendía suavemente y se le quedaba pegado a los labios. Un sabor nuevo alcanzó su lengua y le inundó la nuca de un cosquilleante calor. De un jalón desprendió el extremo que aún estaba adherido y con una lenta ondulación lingual posó la pieza entre sus muelas. Podría ser cáscara de huevo, pensó mientras la trituraba y sus encías se iban llenando de saladas esquirlas, alternativamente secas y viscosas.

Absorta en ese saboreo había olvidado por completo al dedo enrojecido que ahora llamaba su atención. Desprovisto de su

máscara, la miraba con el rostro húmedo y palpitante, como tomado por un súbito arranque de ira y decepción. Sintió lástima y se lo metió a la boca, lo suficiente como para que sus incisivos llegaran al surco de la articulación. Un pestañeo y tac, el irresistible bocado había sido capturado.

Falange a falange siguió el recorrido, sus molares trituraban los tiernos huesecillos volviéndolos una papilla espesa que algo tenía de desayuno escolar. Carpios y metacarpios corrieron la misma suerte y estaba por arremeter contra el complejo articular de la muñeca cuando vio la hora en la pantalla. Mierda, ya es tarde.

Tomó el costurero y con tres puntadas juntó los irregulares bordes dándole a su muñón una corona gallinácea. Sorbió los charquitos de sangre que se habían ido acumulando en el teclado y se puso de pie. Siempre lo mismo conmigo, siempre a última hora, ¿dónde está mi cartera?, ¿cuándo voy a cambiar?

Al padre

Esperaste que mi hermana durmiera, con la habitación más oscura te sentabas junto a mi cuerpo huesudo, endeble, tocándome despacio, haciendo remolinos en mi camisón. Las primeras veces yo más inquieta, volteé y te miré fijo, sin saber qué era eso exactamente que buscabas.

¿A quién buscabas? ¿Esa ella inconclusa? ¿Pensaste que en mí encontrarías alguna de sus secuelas?

Palpaste mis ojos, los mechones claros, los bordes de mis labios ¿Te has culpado alguna vez? ¿Encontraste alguna respuesta en la cavidad de mis pechos? En los oblicuos que sin ningún reparo interrumpiste mezquinamente.

Agradecí todos los años que no penetraste mi cuerpo. Al comienzo sólo los gemidos lastimeros estaban bien (¿Ella nunca nos oía? Escucha todo, simulen aún que no pasa).

Miraba por las rendijas calculando qué parte traería rota esta vez, qué lugar me dolería más, fueron en aumento las frustraciones y la desesperación. Ella me defendía de mí misma, incluso de las veces que quise matarte, incluso las veces que la tomé hacia mí para humillarla y no sufrir sola.

Alcanzamos a detestarte del mismo modo con el cual te distanció nuestra madre, que se obligó a tenernos para que no la tocaras, ni de día ni de noche. Para morir apoyada por nosotras y lejos de ti.

Cuál fue el escozor que sentiste ese día sumiso, su desnudez humilde orándole al destino para quedarse con nosotras, y nunca contigo.

Cómo te arde todavía nunca aprender el silencio de dos personas en paz. Envidiándonos, separando nuestras camas, nuestros cuerpos y vivir aisladas. Sé que no sabes que aún me encuentro con ella. Aún veo a tu mujer besándonos la frente.

No lo dudes, destruiste lo mismo: yo a sus ausencias y tú pudriéndonos todos estos años.

Malquerida

Te amé tanto mi amor, que me entregué a ti hasta perder la razón, tú me amabas algunos días, pero luego había otros que eran una oscura pesadilla.

Te molestaban mis victorias, envidiabas que gozara, te hundías en tus miserias y no querías que brillara.

Yo te quise de veras, yo te quise con ganas, pero te nubló tanto el ego, que te jodía hasta lo que te gustaba.

¿Por qué esta agonía? ¿Cómo llegamos a esto? Yo estoy decidida, ya no quiero este infierno.

Como cada mañana te abracé con un beso, enredamos nuestras piernas, nos fundimos enteros.

Con la daga afilada me acerqué hasta tu cuello, después de lamerlo lento, la enterré sin recelo.

Luego vino la segunda, a ver si aún quedaba vida, la retorcí firmemente en tu garganta a sangre fría.

La tercera en las costillas, como tu corte favorito, te las dejo en la parrilla, por si pinta un asadito.

Y así la cuarta, la quinta, la décima, infinitas repeticiones de empuñar y perforar, empuñar y perforar, empuñar y perforar.

Perdí la razón y la cuenta, acabando con la que fue sin piedad, directa al corazón, en medio de las sábanas blancas.

Te maté en mi vida a cuchilladas, pensabas que no podría, no me creías convencida, le puse fi a la malquerida.

Después de la última gran tormenta

Después de la última gran tormenta todo el clima cambió. Ya no había estaciones. Fuera de su casa, era el 10 de febrero del 2060. Ella no lo sabía, pero ya tenía 84 años. Tampoco recordaba cuándo fue la última vez que se acostó en la misma cama junto a su amado. Siempre rondaba en su cabeza si simplemente un día se marchó o fue ella junto a sus hijos quienes esparcieron sus cenizas en el mar.

No volveré a abrir los ojos

Escuchaste bien,
desde mañana las ventanas del alma clausuradas.
No es mi intención privarte
del espectáculo de mis pupilas color
mierdacomoeistemundodemierda,
pero llevo décadas parpadeando
enough is enough.

Como bestia domesticada que soy
tendré que batallar con el hábito
de ir por la vida interpretando destellos.
Aprenderé, con temple y disciplina,
a calcular distancias y profundidades
a definir contornos y contigüidades
y a separar lo bello de todo lo demás
con novedosos insumos, vibrantes y aromáticos.
Será como quien cambia de casera en busca de nuevos
sabores
o porque su casera es una vieja miserable y sádica
traficante de baratijas brillantes
¡maldita sea su raza!

Me dispondré a traducir otros espectros

me estremeceré ante otras anticipaciones
será hermoso y excitante.

Pensarán que estoy loca
tendrás que hablar con mi madre
y me verás humillada cuando el gremio no vidente descubra
mi treta
que por lo demás no es una treta
sino el más claro ejemplo de eso que llaman hastío o
venganza.

Mi dulce ceguera arrasará tu calma
y como bestia de carga que eres, sabrás perdonar.

Dejaré crecer mis uñas y dejaré crecer mis pelos
mis costillas y muslos se plagarán de antenas
y cada mañana, antes de que despiertes
seguiré señales precisas en medio de las tinieblas
hasta el rincón del patio que decidimos no encementar.

Me pondré de rodillas
me recogeré el cabello
y excavaré, palmo a palmo, un nuevo laberinto
cálido, húmedo,
poblado de recodos, bifurcaciones y estrechos túneles.
Un día estará listo y si quieres, solo si quieres,
podrás venir conmigo a este reino subterráneo.

Ya sabes, no creo en nada
ni en ti ni en mí ni en los fantasmas
pero escucha con los pies ese rumor clandestino
horadándoles la patria antes del desayuno.

Al final
cualquier lugar es bueno para parir la nueva era
incluso las tripas de un vientre pisoteado
y justamente porque creen vernos
justamente porque no se lo esperan
un día las mujeres topo repoblaremos la tierra
y daremos a honrados y arrepentidos
su justo lugar en la madriguera.

MUJERES (RE)ESCRIBIENDO EL DESEO EN LAS LETRAS

Participantes:

María José Roselló Planells

Santiago de Chile, 1976

Licenciada en biología marina, profesora, artista y amante de la naturaleza

Contacto: mjrosello@gmail.com

Instagram: [@mj.rosello](https://www.instagram.com/mj.rosello)

LinkedIn: [mjrosello](https://www.linkedin.com/in/mjrosello)

Claudia Andrea Jiménez Flores

Viña del Mar, 1985

Psicóloga, música aprendiz

Contacto: clau.jimenezflores@gmail.com

Evelyn Martínez Gómez

Santiago de Chile, 1994

Bullanguera. Escritora por convicción,

Trabajadora social por obligación.

Contacto: evelyn.martinezgo@gmail.com

Twitter: [@tan_harta](https://twitter.com/tan_harta)

María Gabriela Henríquez Miranda

Chilena y santiaguina, 1981

Madre, paisajista, escritora y con varios intentos frustrados de seguir disciplinas deportivas.

Contacto: mariagabriela.hquez@gmail.com

Daniela Moreno Migueles

Maipú, 1993

Casi abogada, intento de escritora.

Contacto: danimorenom1993@gmail.com

Angélica María Ramírez Valdés

Mujer. Psicóloga. Feminista y resentida social. Cuentera.

Conchalí, 1993

Contacto: @floresdelpantano

Constanza Díaz

Santiago, 1993

Estudiante de letras, escritora, camarera.

Contacto: diazconstanzaa@gmail.com

Micaela Muñoz

Mujer. Madre de Alejandro.

Bailaora flamenca aficionada

Trabajadora social (antisocial)

Santiago, 1982

Contacto: micamunozm@gmail.com

Naya J.

Santiago de Chile, 1989

Casi diseñadora, casi escritora, casi artista.

Contacto: maya1489@gmail.com

Pacha hija de América

Santiago de Chile, 1993

Lesbiana de nacimiento, amante de la vida,
médica por vocación, peluquera por necesidad.

Contacto: +569 94986530

Lorena Cordero

Santiago, 1993

Casi abogada, escritora y bookstagrammer.

Contacto: @lecturasdelalore

Lorena Paz Bravo Duarte

Estación Central, 1989

Mamá. Fonoaudióloga. Diseñadora Gráfica. Escritora.

Emprendedora. Bruja.

Contacto: @lolapazbd

Nicole Pastene Sanguinetti

Abogada y escritora



COORDINADORAS:

Ana Belén Valenzuela

Camila Sentis Muñoz

LEA: Laboratorio de Escritura de las Américas

El Laboratorio de Escritura de las Américas “LEA Mujeres (Re)escribiendo el deseo en las letras 2022”, se llevó a cabo entre los meses de mayo hasta julio, en su primera modalidad híbrida, mezclando la presencialidad con la virtualidad, en la casa-museo La Chascona, del poeta usted ya sabe quién. Con reuniones semanales los días jueves, el proyecto fue un espacio abierto, totalmente gratuito para sus asistentes de diversas partes de Chile (Los Vilos, Valparaíso, Santiago y su periferia, Concepción, Valdivia) y del mundo (Argentina y México), que fomentó la creación literaria, la tolerancia, la amistad o lo que fuera, pensando y re-escribiendo el deseo en todas sus formas: lo que se quiere / lo que se quiere diferente / lo que no se debe querer. LEA fue creado y realizado por primera vez en 2009 en la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Con más de 13 años de implementación, 40 talleres gratuitos y libros colectivos, y más de 300 autoras y autores publicados, el LEA ratifica la importancia de compartir en buena onda, ser generosas y no alumbrar con los egos. El libro que lees es el resultado material de esta experiencia.

YA NO QUIERO

Este libro se ultimó en el mes de octubre de 2022. Agradecemos a todas las autoras que contribuyeron con sus creaciones a esta obra colectiva. Agradecemos a Iván Martínez Berríos en la diagramación. A Rodrigo Peralta en el diseño de portada. A Tamym Maulén por la oportunidad y la coordinación, y a todo el equipo LEA por la edición interior. Agradecemos a todxs quienes han hecho posible la realización de este libro y del Laboratorio de Escritura Creativa LEA Mujeres (Re)escribiendo el deseo en las letras 2022.









ANTIYÓ